

La enseñanza del español en los EE.UU., pasado, presente y futuro

CARLOS GARCÍA BARRÓN*

Me propongo en este breve artículo pasar revista a la enseñanza del castellano en los EE.UU. desde su origen hasta nuestros días. Fundamento mis observaciones en más de treinta años de vida académica dedicada, principalmente, a impartir clases de literatura española si bien en el inicio de mi carrera tuve que “lidiar” con clases de español elemental, asignatura de la que huye la inmensa mayoría de mis colegas, por razones obvias.

* Escritor. Profesor de la Universidad de California.

Origen y desarrollo. El primer nombre que surge en este contexto es el de Francisco de Miranda, venezolano de nacionalidad y hombre de pintorescos antecedentes. Llega a los EE.UU. en 1783, poco después de la revolución norteamericana, dirigiéndose al Estado de Carolina del Norte. Dicho sea de paso, Francisco de Miranda había sido capitán del ejército español y, al parecer, tomó parte activa en la guerra de la independencia norteamericana. En este país conoce a las grandes personalidades del momento como, por ejemplo, el presidente de la Universidad de Yale, así como el de la Universidad de Harvard. Se percata del interés que existe en estas instituciones por el español y ofrece sus servicios para explicar el idioma de Cervantes. No hay que olvidar que figuras tan relevantes como Benjamin Franklin dominaban el castellano desde 1732.

En 1775, el que llegaría a ser el gran héroe naval del nuevo país, John Paul Jones, escribía a la Academia Naval recomendando que un oficial de Marina tenía la obligación de utilizar más de un idioma, señalando el francés y el español como lenguas dignas de ser estudiadas. Thomas Jefferson también demostró entusiasmo por el castellano y no paró hasta que su hija fuera capaz de leer el *Don Quijote* en su versión original.

De hecho, el francés sobresalía allá por 1780 como la lengua extranjera de mayor popularidad. La primera institución en ofrecer cursos de español, a nivel universitario, fue la Public Academy of the City of Philadelphia, convertida posteriormente en la Universidad de Pensylvania, en la que se estipula desde 1749 que el castellano se enseñará junto al francés y al alemán. Es posible que Benjamin Franklin, dada su afición por lo hispano, influyera en esta decisión. Lo que es cierto es que, en términos cronológicos, el castellano se empieza a explicar de forma seria y sistemática a partir de 1750, difundiéndose paulatinamente a lo largo del país.

Mas habrá que esperar hasta el siglo XIX para presenciar el auge del hispanismo. George Ticknor, probablemente el más famoso de los hispanistas norteamericanos de su tiempo, ocupa la primera cátedra de español en la Universidad de Harvard en 1819. Sus diferencias con la administración le llevan a dimitir en 1835. El sucesor de Ticknor tiene un lugar destacado dentro de la poesía de aquel país: Henry Wadsworth Longfellow. El insigne vate llega a la enseñanza del castellano después de nueve meses en la Península Ibérica por la que viaja extensamente. En su *Diario* indica haber enseñado, entre otras obras, *El mejor alcalde el rey* y *La moza del cántaro*, de Lope de Vega, así como *La dama duende* y *El galán fantasma*, de Calderón de la Barca.

En otras partes de los EE.UU. y en forma que podríamos calificar de irregular, el español va propagándose poco a poco. De 1827 datan los cursos de esta asignatura en el sur del país; de 1824 el currículum de dichos estudios en la Universidad de Virginia; de 1848 el comienzo de la enseñanza de lenguas modernas en la Universidad de Michigan; de 1860 en el Estado de Nueva York y de 1868 en la Universidad de Cornell.

En suma: de los datos proporcionados se desprende que la enseñanza de idiomas extranjeros y, en particular el español, no es durante el siglo pasado ni uniforme ni obligatoria. Faltaba tanto el profesorado como el interés masivo por esta materia. Esta situación cambiará drásticamente al iniciarse el siglo XX.

Con la Primera Guerra Mundial y fiel reflejo de ella, el porcentaje de estudiantes de alemán decae considerablemente a la vez que aumenta la matrícula del francés y del español. Mas será necesario esperar hasta ya concluida la más reciente contienda para constatar un significativo cambio de

actitud en los EE.UU. en lo que se refiere a este tema. En 1957 la Unión Soviética lanza al espacio su primer Sputnik. Los EE.UU., sorprendidos ante esta hazaña de su enemigo en la “guerra fría”, reaccionan abriendo sus arcas de par en par en una campaña encaminada a inyectar una cuantiosa infusión de millones de dólares a las universidades con el fin de superar a su contrincante. Esta política, si bien afecta primordialmente a las ciencias exactas, también repercutirá en las humanidades.

Patrocinado por Washington se establece el National Defense Education Act para canalizar préstamos y becas a estudiantes coincidiendo con la creación de numerosos institutos de lenguas modernas. La década de 1957 a 1967 representa lo que se ha denominado la época de las “vacas gordas”. Cunde el optimismo. Los doctorandos no tienen dificultad en encontrar un puesto de trabajo en universidades y colleges. Sin embargo, esta euforia no durará mucho.

La guerra de Vietnam suscita una fuerte oposición universitaria. Los frecuentes y violentos disturbios entre 1968 y 1970 provocan la airada reacción de la clase media, es decir, de los contribuyentes que con sus impuestos mantienen las universidades estatales. Los políticos se hacen eco de este sentimiento anti-universitario acusando tanto a profesores como a estudiantes de ser “revolucionarios” y de politizar las universidades hasta entonces aisladas de estos conflictos. La forma más fulminante de demostrar su irritación consistió en la reducción de los presupuestos de las universidades como medida de castigo. En California, donde los estudiantes causaron daños materiales de consideración, la represión cívico-gubernamental alcanzó niveles inusitados, como ocurrió cuando el entonces gobernador y futuro Presidente, Ronald Reagan, decidió vetar durante tres años consecutivos cualquier aumento de sueldo al profesorado cómplice, según él, de haber apoyado a los estudiantes.

A estos turbulentos años le sigue la administración de Richard Nixon, cuya política educativa se caracteriza por recortar la aportación federal a la educación universitaria. Además, la enseñanza de lenguas extranjeras se vio afectada negativamente por la postura de los propios estudiantes quienes, en plena refriega 1968-1970, se oponen a esta asignatura por no considerarla “relevante” para resolver los problemas nacionales. Lograron intimidar al profesorado consiguiendo suprimir el requisito, vigente a la sazón, de tener que cursar dos años de un idioma extranjero para recibir el primer grado académico. Fui testigo de aquella lamentable claudicación por parte de mis colegas. Fue preciso que transcurrieran otros diez años antes de que se lograra reinstaurar un año en vez de los dos y esto después de tensas discusiones. Los únicos que resultaron perjudicados fueron los estudiantes.

El presente. En la actualidad, el español es el idioma más estudiado por delante del francés y del alemán. Las nuevas generaciones se han percatado de lo útil y necesario que resulta el dominio de otra lengua máxime cuando se trata del castellano hablado hoy por cerca de cuatrocientos millones de personas. Este auge en el interés por el español coincide con el tremendo incremento de la población hispana en los EE.UU. que asciende en la actualidad a unos veinticinco millones de los cuales siete viven en California. Las consecuencias socio-políticas son de primera magnitud. Cabe recordar que en las elecciones presidenciales de este noviembre pasado, Clinton obtuvo el 70 por ciento del voto hispano. Mas, ¿qué significa esto con respecto a la enseñanza de nuestro idioma? En primer lugar, la demanda de personas calificadas para enseñarlo excede la disponibilidad de mano de obra. Se han tenido que aligerar la formación de maestros de segunda enseñanza ante la

explosión demográfica y, para lo que nos concierne, cualquiera que tenga un apellido hispano es considerado, *a priori*, bilingüe, gravísimo error.

A nivel universitario las cosas no andan mejor. Tradicionalmente las clases de lengua han sido —y siguen siendo— un campo restringido a los estudiantes graduados, candidatos al Master o al Doctorado. Llamados Teaching Assistants, dictan una hora por día a unos veinticinco estudiantes de español elemental compaginándolo con sus propios estudios. Es una manera de obtener experiencia y de costearse la carrera. Así nos iniciamos casi todos. Lo que sucede es que, a juzgar por mi propio departamento y extensivo a otros muchos, la calidad del actual estudiante graduado ha experimentado un importante bajón atribuible a muchos factores. Son el fruto de una educación secundaria, lo que en España se denomina el bachillerato, muy deficiente, mucho más de lo que era hace treinta años. El problema es por todos conocido aunque no siempre reconocido. El Presidente Clinton se acaba de pronunciar a favor de mejorar el sistema, empresa nada fácil en un país tan descentralizado como los EE.UU. donde a veces dentro de una misma ciudad las desigualdades entre distritos escolares resultan impresionantes.

Aludí anteriormente a la creciente presencia de hispanos en los EE.UU, término éste que engloba a todos los provenientes de Hispanoamérica y España. En el Oeste del país el grupo más numeroso de esta minoría lo constituye el chicano, es decir, los nacidos en los EE.UU. de padres mejicanos. También se incluye a una tercera generación, o sea, los hijos de los propios chicanos. Ello ha llevado a casi todas las universidades de importancia a establecer departamentos dedicados exclusivamente al estudio de todo lo chicano y a otorgar los consiguientes grados académicos al finalizar la carrera. Sin entrar a analizar la validez de esta flamante disciplina, sí es preciso detenernos brevemente en lo que atañe a una de sus asignaturas. Me refiero a la lengua chicana, un patois o mezcla de palabras, algunas españolas y las más, traducidas literalmente del inglés. No habrá de extrañarnos el encontrarnos con palabras como “braques”, del inglés “brakes” para significar “frenos”; o “groserías” del inglés “groceries” por “comestibles” y un larguísimo etcétera. Cuando se intenta corregirles surgen los problemas, máxime si el profesor es español al que suelen calificarle de “racista” por querer imponer el habla de España, es decir, el idioma de los conquistadores. Las relaciones entre departamentos de español y los de estudios chicanos suelen ser tirantes y conflictivas. Comprendo la posible utilidad de ofrecer asignaturas encaminadas a estudiar lo chicano desde la óptica de la Historia, Sociología, Ciencia Política o Económicas pero me parece una irresponsabilidad la enseñanza de su jerga pues, a la postre, no es ni inglés ni español. Por otra parte, siempre por razones políticas, las administraciones universitarias favorecen a este grupo con fuertes aportaciones presupuestarias, favoritismo a la hora de ascender a profesores de ascendencia chicana y muchos otros abusos que sientan muy mal al resto del claustro.

Otra tendencia igualmente preocupante es el paulatino desplazamiento de la literatura española por la hispanoamericana. El llamado “boom” de ésta hace años influyó decisivamente en esta nueva postura. El equilibrio que existió durante décadas se ha perdido creo que de forma irreversible. El estudio de la literatura española se va reduciendo a lo largo y ancho del mundo universitario. Pocos son los doctorandos que optan por una dedicación exclusiva a lo peninsular. Las más recientes listas de tesis doctorales documentan este aserto. Por eso es común que al jubilarse un profesor especialista en, por ejemplo, los siglos XVIII y XIX españoles, sea sustituido por un latinoamericanista. Aludo a mi propio caso como botón de muestra.

Finalmente debo incluir en este rosario de vicisitudes otro elemento. Me refiero a los libros de texto. Si bien la metodología tradicional hacía hincapié en la gramática y el buen uso de la misma, los textos hoy día minimizan su importancia poniendo el énfasis en lo oral, en el idioma hablado. Sin menospreciar las ventajas de este enfoque, el hecho es que muchos de los estudiantes salen de la universidad con un escaso conocimiento de las reglas gramaticales e incapaces de redactar un ensayo que resulte legible sin demasiados esfuerzos. ¿Qué sucede desde el punto de vista del profesor? Pues que a no ser que sea masoquista, prefiere confeccionar exámenes de fácil corrección en vez de exigir, como antaño, ensayos o trabajos que consten de muchas páginas. Es comprensible. Hablarle a un estudiante del pluscuamperfecto es algo así como referirse a un extraterrestre... especialmente cuando este joven nunca ha aprendido con rigor su propia gramática en inglés.

Futuro. No creo en la futurología mas no es necesario ser un adivino para afirmar que el uso de las computadoras constituirá el eje central de la nueva metodología. Es posible que el estudiante no tenga contacto directo con su instructor. Las clases se impartirán a control remoto para grupos numerosos con lo que se reducirá el coste. A título personal, dudo en el éxito de estas innovaciones. Si bien es cierto que en determinadas disciplinas este sistema puede resultar útil y provechoso, la enseñanza de un idioma extranjero exige una instrucción individualizada atenta ésta a los problemas y dificultades de cada alumno. Lo ideal sería, a mi parecer, combinar lo convencional con el uso selectivo de las computadoras para cierto tipo de ejercicios.

Conclusión. El panorama que he dibujado reconozco que no es demasiado alentador. Está basado en mis observaciones y experiencias personales, por lo tanto es forzosamente subjetivo. España puede y debe asumir un papel clave encaminado a difundir su lengua y cultura en los EE.UU. Lo viene haciendo desde hace tiempo pero, a luz de lo descrito, tiene que reforzar y redoblar sus esfuerzos. ¿Cómo? Paso a enumerar algunas posibles medidas: a) aumentar el número de becas del Ministerio de Educación para maestros de español en los EE.UU. diseñadas para tomar parte en cursillos de perfeccionamiento en España; b) incrementar el número de maestros de español enviados por el Ministerio a los EE.UU.; c) multiplicar la presencia del Instituto Cervantes en aquel país; d) dotar de más fondos y personal para actividades culturales asignados a los distintos Consulados Generales en los EE.UU.; e) mantener y mejorar el Programa de Cooperación Cultural entre España y las Universidades Norteamericanas de cuyo buen funcionamiento puedo dar fe.

Soy consciente de que todo ello implica un gasto poco oportuno en esta época de recortes draconianos. Ojalá sea factible llevar a cabo estas recomendaciones o, por lo menos, algunas de ellas. Vale la pena.

Obras consultadas. Sturgis E. Leavitt, "The Teaching of Spanish in the United States", Hispania, XLIV (1961), págs. 591-625.